

EL PROBLEMA CATEQUISTICO Y EL FIN DE LA CATEQUESIS

SUMARIO

El problema.—Falta catecismo.—Estudiarlo y vivirlo.—El pasado no fué bastante.—Hemos de educar con método a los niños para formar los hombres del mañana, para que la sociedad no sea supersticiosa.—Estudiar el método intuitivo.—La Iglesia educó siempre adaptándose.—Adaptarse sin caer en el naturalismo, ni en el quietismo; ni pesimistas, ni optimistas.—Locke, Tolstoi, Rousseau.—Rousseau y San Agustín: las Confesiones y el Emilio.—Qué es, ral.—La Catequesis, escuela de vida.—Vínculo que une al hombre con Dios.—La base de esta unión es la Revelación.—Esta responde a las exigencias de la naturaleza humana.—La religión frente al progreso.—La Catequesis debe comprender todas las fases del hombre, educar. El hombre completo. La vida natural y sobrenatural.—El trabajo del catequista es difícil.—El alma del niño.—Las primeras imágenes.—El niño apóstol.—Enemigos del catecismo.—La gracia.—¿Son novedades? No.

Es inútil buscar el remedio a los males presentes fuera de la ley divina y de las doctrinas de la Iglesia, donde está la vida. La humanidad ha olvidado estas enseñanzas, más aún, las ha repudiado, y hoy las palabras «justicia, verdad y caridad» apenas significan nada. No hay más lenguaje que el placer y los cálculos egoístas. Cierto que hemos de consignar cómo la voz señera de España se levanta actualmente para señalar las rutas de su Imperio, que es Imperio al servicio de la Cruz.

Aquellos males existen sencillamente porque el mundo no entiende el lenguaje claro y sencillo del catecismo, y, lo que es más grave todavía, no se vive según el espíritu y la enseñanza que el catecismo da. Esto no es de hoy: el Papa Pío X decía y repetía muchas veces que los males del mundo se debían a la falta de catecismo, y por eso

en su encíclica «Acerbo Nimis» colocó los cimientos de la enseñanza religiosa. Más tarde, Pío XI, el 29 de junio de 1923, volvía a levantar la voz en su Motu proprio «Orbem Catholicorum» y establecía nuevas bases para la mayor eficacia de la educación cristiana, porque si existe algún mal evidente es la ignorancia religiosa.

Es necesario estudiar y vivir el catecismo, es decir, demoler y edificar en el alma, trabajar, perfeccionar, elevar, redimir el propio espíritu para vivir pura y simplemente con Cristo, en el corazón para amarle y en el pensamiento para conocerle.

Y esto como condición esencial para que el individuo, la familia y la sociedad encuentren el camino iluminado por la luz de la justicia, de la verdad y de la caridad; luz que tan sólo puede venir de Dios. Para ello necesita ser mejorada la enseñanza religiosa como indican las letras pontificias y episcopales.

Sin entender acusar al pasado, podemos afirmar que la educación y los educadores religiosos de la juventud no estuvieron a la altura de su misión. Fueron buenos, virtuosos, instruidos, pero no lo bastante para el terrible siglo, que venía a su encuentro y hacia el cual debieron proceder con mayor energía. Resistieron al mal, pero débilmente, mientras era necesario luchar con toda la fuerza. Dupanloup afirmaba esto de Francia y decía: «No ignoro que la Revolución francesa tuvo otras causas, pero no puedo callar esta convicción mía: si la educación de los últimos cincuenta años hubiese sido recta y fuerte, Francia hubiera resistido dignamente al mal y nosotros no hubiésemos visto lo que hemos tenido que ver» (1).

Hoy son de poco valor las formas persuasivas. Es necesario llegar al don de la sangre, al sacrificio de la vida, superando toda fatiga. Si queremos salvar la nueva ge-

(1) Bancarrota de los maestros cristianos en el siglo XIX, pág. 4.

neración hay que inyectar en ella la verdadera formación cristiana, espiritual, sobrenatural, y para ello los educadores católicos han de ser especialistas conscientes en su campo.

Y en esto tenemos una ventaja grande sobre los educadores no católicos. Sus escuelas tendrán pedagogía, pero no podrán llamarse «escuelas madres» porque no engendrarán una vida superior: la sobrenatural.

Si se hubiese educado así no habríamos llegado a esta sinrazón de ver hombres católicos en casa, y menos o nada católicos fuera de ella. Y hay que deshacer, o mejor, como dice el P. Vilaríño, hemos de colocar el vino nuevo en odres nuevas, porque las viejas es difícil que reciban y conserven bueno el vino. Hay que enseñar bien a la niñez. Y para enseñar bien todos los pedagogos están conformes en afirmar que los buenos resultados de la escuela dependen del método y del orden didáctico, es decir, adaptarse a los niños y adaptar la materia.

No decimos que nuestros predecesores no supieran seguir estas normas, pero sí que muchas veces las olvidaron y enseñaban sin cuidarse mucho del modo y del niño, y por ello resultaban sus lecciones ordinarias e incapaces de llevar dinamismo. Si la Religión es actividad, la práctica del catécismo debe empezar en el catecismo, en la misma lección (2).

Y si en otros tiempos «con sólo el catecismo se hicieron comunes entrè los pueblos ideas que se hubieran mirado como altas concepciones de recógnita filosofía; y el entendimiento de la generalidad de los hombres ha llegado a familiarizarse con objetos cuya existencia no pudieron los antiguos ni aun sorprender» (3), ¿por qué hoy no hemos de familiarizar otra vez a los hombres con la doc-

(2) H. Martín, *Precis de Pedagogie Catechistique*. Desclée, 1934, página 123.

(3) Balmes, *La sociedad*, pág. 299.

trina católica, que es luz y vida? Y familiarizarles así, haciendo que aquellas verdades religiosas sean la fuente de su práctica cotidiana; que no exista ese divorcio que estamos presenciando entre la razón y el corazón, que ha hecho decir al Papa Pío XI que España es una nación católica en el corazón, pero no en su inteligencia. Nos gusta más aquella frase del Papa actual, Pío XII, quien en su discurso a la República del Salvador (25 noviembre 1942) afirmaba de España que es madre católica de tantas naciones.

Si nosotros no hacemos esto la sociedad será supersticiosa, como muy bien dice Balmes, porque «si no cree cosas razonables las creerá extravagantes; si no tiene una Religión bajada del cielo, la tendrá forjada por los hombres; pretender lo contrario es un delirio; luchar contra esa tendencia es luchar contra la ley eterna» (4). Y así estamos contemplando ese paganismo moderno que quiere fundar religiones nacionales, la estadolatría, y que quería tiempo atrás, en épocas republicanas, borrar completamente toda idea religiosa en nuestra Patria.

Pero en nuestra Patria, que es religiosa por temperamento, «que ha ido adornando las piedras miliare de su senda con un ramo de laurel enlazado a la bendita Cruz», es un absurdo pretender que se descristianice para ponerse al nivel de las naciones que jamás asimilaron completamente el ideal cristiano, y por ello fracasó todo intento que se hizo en los tiempos de la República.

Contra este absurdo, que pudiera caber en inteligencias equivocadas, no podemos cruzarnos de brazos. Hemos de enseñar el catecismo y enseñarlo según las normas de la pedagogía y psicología; claro está, sin pretender grandes innovaciones y sí, resucitando los antiguos modos de enseñar, que la Iglesia ha tenido y que entran completa-

(4) Balmes, *El protestantismo*, C, 71.

mente en lo que hoy se llama moderna pedagogía, la que en el fondo no tiene otra cosa que los principios cristianos un poco disfrazados y tal vez exagerados. A esto irán dirigidos estos artículos: a exponer unas ideas sobre el método de enseñanza religiosa viendo ésta a través de la historia; métodos e historia que han sido bastante olvidados, al aumentar los cuidados de los sacerdotes por las almas, con evidente perjuicio de todos ellos, que no podían ser bien atendidos. Y este olvido de los que deben enseñar la religión ha trascendido a los maestros, quienes tan sólo cuidaban de la recitación mnemónica del lenguaje catequístico.

La Iglesia, al cumplir la misión que Dios le dió de «ir y enseñar a todas las gentes», se acomodó tanto al enseñar al pueblo como al enseñar a los niños, aun con la inmutabilidad de los dogmas y de su moral, a la naturaleza y necesidades de los pueblos, teniendo en cuenta siempre las diversas circunstancias de los tiempos» (5).

En este acomodarse, si prescindimos por un momento de la asistencia divina que tiene la Iglesia, está el secreto de que aun hoy la Iglesia es la educadora por excelencia. Y por eso aun hoy, según los diversos ambientes y necesidades, estudia el modo de encontrar los medios más aptos y más fáciles para hacer llegar las verdades de la fe a las almas.

Si estudiáramos este modo que la Iglesia tuvo en todos los tiempos de adaptarse, podríamos juzgar cuál debé ser el modo que hoy, en nuestros días, debemos seguir para que la educación cristiana de nuestros pequeñuelos resulte provechosa, oportuna y saludable.

Y si comparamos este adaptarse de la Iglesia con la enseñanza que se da en nuestro tiempo, encontraremos dos defectos, que ya desde ahora conviene señalar: son mu-

(5) Pavanelli e Vigna, *Pedagogia Catechistica*, pág. 2.

chos los que hoy, ante la ignorancia religiosa, se han dado a estudiar el método mejor, olvidando el fin de la educación religiosa, y otros, al contrario, atentos tan sólo al fin, olvidan no poco la psicología del alumno. La Iglesia tuvo siempre en cuenta el punto de llegada de la educación del alumno (a saber, la vida sobrenatural), y al mismo tiempo miró con cariño el punto de partida: el alma del niño con todas sus características psicológicas.

Esto hay que tener en cuenta, y aquellos errores son los que hay que evitar, y para ello hemos de conocer la doctrina que se enseña y al educando. Así lo exponía San Agustín en su tratado «De Catechizandis rudibus» al afirmar en el capítulo XV: «Debe escoger una forma diversa en la enseñanza, según que el que tengo delante es un sabio, o un ignorante, un extranjero o un ciudadano, un hombre de humilde condición, o un personaje ilustre, como también según la edad, raza, el sexo, la secta o filosofía de que procede: si es diverso el individuo, también debe ser diverso el inicio, el procedimiento, la conclusión del discurso. Porque mientras que a todos se debe la misma caridad, no a todos se debe la misma medicina». Estas palabras de San Agustín son la expresión del método seguido por todos los Santos Padres.

Cierto que en este adaptarse tenemos una dificultad no pequeña. El fin de la Religión no es cosa natural, sino que está sobre la naturaleza. Pero esta dificultad, lo único que hace es pedir con mayor urgencia de nosotros una mayor cultura pedagógica, que nos permita llegar a solucionar estas dificultades y poder llegar al alma del niño.

El progreso de la vida religiosa depende de un elemento sobrenatural, la gracia divina, y al mismo tiempo, de la correspondencia a la gracia, que el individuo ofrece íntima y valerosamente. Olvidar esta fuerza íntima es tanto como caer en el naturalismo. Pero si por no caer en él dejamos de obrar, encerrándonos en el quietismo, que su-

prime o quiere suprimir la actividad humana para dejar paso a la acción divina, es un error tan grande como el primero.

El Catolicismo, que tiene por misión divina el enseñar a los hombres el camino del cielo, es el perfecto equilibrio, y enseña que hay que evitar tanto el querer obrar sin Dios, como el dejarnos llevar por nuestras pasiones, ya que Dios es quien debe salvarnos.

Estas dos corrientes que hemos señalado se encuentran frecuentemente en el estudio de la pedagogía moderna.

Por una parte tenemos ese número de gentes, que se pasa la vida en lamentaciones diciendo que éste mundo es de hombres perversos. Como le decía al Cardenal Mercier un amigo suyo: «Cuando yo explicaba filosofía definía al hombre como un animal razonable; desde que trato con la humanidad, me siento tentado a calificarla de conjunto de animales reñidos entre sí» (6). Esto es un pesimismo excesivo. Entre los hombres los habrá malos, porque viven entregados a sus vicios, pero hay también un gran número que se aman mutuamente. El jansenismo ha querido hacer ver que los hombres son malos, pero tenemos escritas las páginas de nuestra Redención, en las que al decir el Señor que vino a buscar a los pecadores, añadía que para salvarlos, para que se convirtiesen y viesesen.

Frente a este número de misántropos, que todo lo ven negro, no faltan los que todo lo quieren ver de color de rosa: los optimistas, y, «por una parte, la educación no puede nada contra la naturaleza del hombre y, por otra, la educación es omnipotente» (7). El sistema del liberalismo fué quien sentó los primeros principios. Locke, antes que Rousseau y Kant, lo introdujo con esa autonomía del

(6) Mercier, *Obras Pastorales*, I, XXXI, pág. 299.

(7) Ch. Ciari: *La dottrina cattolica e la pedagogia*, pág. 29.

espíritu y del proceso educativo. De sus teorías deriva el principio de que el estudio debe aparecer como un juego, es decir, que el trabajo responda perfectamente a la espontaneidad del niño, quitando toda verdad dogmática. Por estos principios puede considerarse a Locke como precursor de Rousseau, sobre todo por la teoría del método inactivo: quiere que el niño se forme a sí mismo, por medio de sus propias experiencias, y critica toda educación que no respeta esta libertad del educando, y que quiere imponer con sus palabras principios que tan sólo debía poseer el niño con sus propias experiencias.

Bién sabido es que J. J. Rousseau ha dicho que el niño es perfecto y que si le dejásemos abandonado a sí mismo, sin el contacto con la sociedad, sería poco menos que un ángel en la tierra. La maldad no es culpa del niño, sino que la adquiere al educarse en sociedad. Otro soñador más avanzado en ideas que Rousseau llegó en sus afirmaciones más lejos: Tolstoi quiere que se respete la libertad del niño completamente, pues es una facultad que posee con todo derecho lo mismo que el adulto, y respetando esa libertad y ese derecho a su uso, la escuela no debe para nada mezclarse con la conducta del niño, sino que lo que debe hacer es ayudar el desenvolvimiento natural y espontáneo de los instintos del niño, sin contrariarles en nada. El fin del educador, más que obrar, debe ser el no hacer nada que vaya contra el natural desenvolvimiento de la naturaleza. Que crezca el niño en plena libertad, primero como organismo fuerte, después como inteligencia potente; que sea la experiencia la que le enseñe y que, hasta nazcan espontáneamente en él, sin ninguna intromisión del maestro, los sentimientos y las leyes morales.

Para Rousseau no existe la autoridad; tan sólo el anarquismo pedagógico. El mal más grave es el verbalismo. Su educación gira toda alrededor de la diviniza-

ción del instinto. ¿Por qué si el instinto trae al hombre, «tout ce qu'il lui falloit pour vivre dans l'état de nature», hemos de buscar la imaginación y la reflexión, que engendran el dolor? ¿Por qué «el alma y las pasiones humanas se alteran insensiblemente, cambiando, por decirlo así, de naturaleza?»; ¿por qué nuestros deseos y nuestros placeres cambian de objeto a la larga?; ¿por qué el hombre primitivo desaparece por grados y la sociedad no ofrece más sabiduría a los ojos que una asamblea de hombres artificiales y de pasiones ficticias, que son obra de todas estas relaciones sociales y no tienen ningún verdadero fundamento en la naturaleza?» (8). Todo cuanto de mejor existe en la sociedad, es denigrante, absurdo para Rousseau. El hombre es bueno, la sociedad le hace malo.

Maestro y alumno en esta escuela no son sino compañeros en una misma obra. El niño es libre completamente. Si se cansa de estar en la escuela y se marcha, peor para el maestro, que no supo cautivar su atención. Bien dice Barnabei, que es una utopía en el campo práctico y real de los hechos: «Utopía. Seguro. La escuela y la pedagogía de Tolstoi no son más que utopía. Y lo es, sobre todo, en el contacto con la escuela autoritaria. Confrontándola con la realidad social de la escuela autoritaria, la Pedagogía de Tolstoi revela aun más su fondo utópico» (9).

Tenemos en estos soñadores un optimismo excesivo. En *Emilio*, de Rousseau, encontramos, por esto mismo, afirmado el principio de que el individuo debe conformarse con la naturaleza. Quería librar al niño de las arbitrariedades del maestro, pero nunca pudo conseguirlo y, lo que es más grave, no pudo ni aun disciplinarse a sí mismo con estos principios.

(8) Rousseau: *Oeuvres completes*. Ed. Machette, I, pág. 125.

(9) Véase: *Un anima grande contro una scuola disumana*. Ed. Dante, 1926.

¿Qué diferencia encontramos entre estas afirmaciones de Rousseau, cuyas confesiones podemos leerlas en su *Emilio*, y aquel otro espíritu, que se manifiesta en las Confesiones de San Agustín? Aducimos esto porque son muchos los que han querido comparar estas dos obras. (El P. Girard en su *Anti-Emilio*.) En San Agustín encontramos un carácter propio: el hecho de que toda su especulación filosófica va dirigida a un solo objeto: Dios. Todos los problemas particulares se unen en este gran problema y encontramos la máxima unificación. Apareciendo también aquellas dos tendencias contrarias: el entendimiento que grita: «Levántate», y la voluntad, que se resiste, hasta que la voz del niño, en aquella escena del jardín, resuelve la crisis moviendo la voluntad.

También Rousseau, en su *Emilio*, ha seguido esta línea de desarrollo, que acompaña desde el nacimiento hasta la madurez. Pero en Rousseau, *Emilio* es insulso. Muy otra cosa son las «Confesiones», de San Agustín. Su niño, es decir, el mismo santo, está lleno de malos instintos, que llegan a obrar el mal por el mal, pero a través de ellos llega a remontarse a la verdad. Del hombre vicioso al santo. Nada de esto se encuentra en *Emilio*. Un buen burgués, que tiene en cierto orden la contabilidad de su vida (como cierta justa mecánica, pero ciega civilización moderna). Si en la vida arreglada de *Emilio*, tan puro, tan sano, suponemos una rotura de equilibrio y una caída, todo será ya irreparable. El optimismo de Rousseau no tendrá ya solución, ni razón de ser. Lo opuesto encontramos en San Agustín. En la línea de desarrollo de las «Confesiones» no existe un orden construido por cosas exteriores. El *Emilio* supone un mecanicismo de relojería, en el que una rueda se engrana con otras. En San Agustín encontramos la naturaleza tal cual es.

¿No es verdad que el niño, en los primeros años, manifiesta las tendencias que tenía San Agustín? El des-

arrollo progresivo de la formación humana, ¿no es aun y siempre el mismo? Crisis de autoridad en el adolescente, que parece haber encontrado la felicidad y se arroja sobre aquello que brilla satisfaciendo los sentidos. Es la época en que el mismo etendimiento no da más que las mismas sensaciones, más refinadas. Otra característica de esta humanidad, que no es tan buena como pretende Rousseau, es la sensualidad y el orgullo, que también encontramos en San Agustín. Y esto es propio de cualquier joven, no porque necesariamente haya de caer en el pecado, sino en cuanto estas tendencias se desarrollan en él hasta el máximo, y luego, poco a poco, el resplandor de todas aquellas cosas desaparece y las satisfacciones de los sentidos llegan a ser habituales. También llegan en este período de la adolescencia a disminuir las satisfacciones intelectuales, sobre todo el orgullo, y entonces se siente un vacío en el alma, se siente la necesidad interna de conocer la verdad en sí y de apartar nuestra adhesión de un sistema materialista. Es un nuevo mundo que aparece: naturaleza y gracia.

Este es el problema de la educación: ¿cómo dejar pasar o corregir aquellos momentos en los que el impulso hacia un mundo exterior es tan grande? En San Agustín el ciclo de la naturaleza se cumplió, porque, sin duda alguna, Agustín carecía de la fuerza de la gracia, ya que él no estaba bautizado. En uno de nuestros jóvenes el ciclo será diverso, pues tiene el auxilio de Dios. Aunque a veces, bien lo sabemos, por ignorar la verdad, las aguas de la gracia pasan como las de un arroyo sin modificar su cauce.

No es cierto que la naturaleza es excesivamente mala, pero tampoco es verdad que sea tan buena como Rousseau y Tolstoi la han soñado. La afirmación de Rousseau está bien desmentida por la moderna pedagogía. Y al parangonar un poco las Confesiones de San Agustín con el *Emi-*

- *lio*, hemos demostrado cómo existen esas inclinaciones al mal, pero cómo podemos también neutralizar las que son malas y perfeccionar las que son buenas.

Pío XI, en su Encíclica sobre «La educación cristiana de la juventud», afirma la doctrina católica sobre este punto y dice: «El sujeto de la educación cristiana es el hombre entero... cual nos lo hacen conocer la recta razón y la revelación; por lo tanto, el hombre caído de su estado originario, pero redimido por Cristo y reintegrado en la condición sobrenatural de hijo adoptivo de Dios, aunque no en los principios preternaturales de la inmortalidad de cuerpo y de la integridad y equilibrio de sus inclinaciones. Quedan, pues, en la naturaleza humana, los efectos del pecado original, particularmente la debilidad de la voluntad y las tendencias desordenadas.» Por eso, la educación debe «corregir las inclinaciones desordenadas, fomentar y ordenar las buenas, desde la infancia, y, sobre todo, hay que iluminar el entendimiento y fortalecer la voluntad con las verdades sobrenaturales y los medios de la gracia, sin la cual no es posible dominar las perversas inclinaciones y alcanzar la debida perfección educativa de la Iglesia.»

Queda bien claro con las anteriores palabras de Pío XI cuál debe ser el fin de la educación cristiana. Educar, dice Mercier, según la escolástica, es hacer salir, o mejor aún, «educare»: forma frecuentativa, que acusa la identidad y la repetición de la forma educativa; es sacar a la luz del fondo, mediante continuas operaciones, algo que se contiene virtualmente. Ese fondo en el alma infantil. Un alma tierna, con sus tendencias buenas y malas, que deben formar el hombre del mañana, apto para vivir en sociedad y dejar en ella una estela de bien.

La inteligencia del hombre y su voluntad están en el niño en disposición de desarrollarse, y porque son indeterminadas pueden orientarse diversamente. El educador

es quien debe ayudar este «desenvolvimiento simultáneo y armónico de todas las actividades del hombre y colocarlo así en grado de conseguir su fin» (10). Y esto debe hacerse con constancia, con repeticiones progresivas y adaptadas a la capacidad infantil hasta crear en él una energía propia, y así «la inteligencia adquiere hábitos, que conducen a la formación del hombre de ciencia, del artista, del metafísico. La voluntad librē los adquiere también, y según que inclinen al hombre hacia el bien moral, o le separen de él, se llamarán hábitos, virtudes o vicios» (11). Formaremos un hombre completo, y éste es el fin de la educación cristiana: formar hábitos que dirijan al hombre a Dios.

Por tanto, en la práctica educativa hay que tener en cuenta que la gracia no destruye la naturaleza, sino que la eleva y perfecciona y, por tanto, la supone; es decir, la Iglesia no se propone sólo acercar lo divino a lo humano, sino también elevar lo humano a lo divino.

La vida divina se adapta maravillosamente a nuestra naturaleza; pero se adapta sólo en aquello que esta naturaleza ofrece de bueno, mientras se resiste todo cuanto en ella existe de bajo (12).

El educador, pues, si sabe hábilmente enderezar las energías naturales del educando, despertará muchas virtudes, que están en potencia en las manifestaciones, aun desordenadas, de la vida cotidiana del niño. Desarrollar y disciplinar las energías naturales del niño haciéndole sentir el contraste que existe entre sus impulsos al bien y sus inclinaciones al mal, es la obra de todo educador de Religión, quien con ello prepara al niño para el catecismo, que, como la Iglesia católica quiere, es enseñar la vida de la gracia, fuertemente inculcada en lo íntimo del

(10) Ch. Chiari, O. c., pág. 31.

(11) Mercier, O. c., págs. 378 y 379.

(12) Modugno, *Religione e vita*. Brescia, 1936, pág. 15.

alma y que da sus frutos fécondos en la práctica de todos los actos de nuestra vida.

Este es precisamente el fin de la catequesis al enseñar. Y si bien se mira, tenemos un doble fin: interior y exterior. Uno interior, que claramente se indica con aquellas palabras: conocer, amar y servir a Dios y, por tanto, el catecismo no sólo debe llevar luz a la inteligencia, sino llevar también calor y fuerza a la voluntad, ya que debe «servir al Señor». Esto es lo que podemos llamar ser discípulos de Jesucristo; no pueden serlo de otro modo, sino pensando, queriendo, conociendo, sintiendo a Cristo. «Antes que nada debemos ver los catequistas y educadores el fin, que es la caridad en el corazón puro, en la conciencia buena, en la fe no fingida; a cuyo fin debemos referir lo que hablamos, siendo también necesario guiar a este fin la mente de aquel a quien instruimos» (13). Es decir, el primer fin es la reforma moral, según la doctrina de Cristo. Y luego el fin exterior, que es la coronación del primero, ya que no es más que la manifestación de aquella vida interior. Es el vivir la vida de Cristo en todos los momentos de la nuestra.

Erasmo define en su «Paraphrasis in N. T.» este fin del catecismo, que sintetiza así: «Ut sponsorum meorum fidem liberem»; es decir, que yo he de rescindir la garantía, que un día tomaron en mi nombre los padrinos, al llegar ya a la plenitud de mi conciencia cristiana.

La catequesis ha de ser una escuela de vida en la que no se enseñe ese catolicismo, que sólo es bondad y poesía. Error es éste muy extendido, unas veces sabiendo lo que se hace, como he podido ver en algunas escuelas extranjeras, en las que tan sólo se enseña al niño el Dios poesía y amor. Otras veces, es verdad, que por inadvertencia se hace esta catequesis toda dulzura, creyendo con ello cau-

(13) San Agustín, *De Cat. Rud.*, c. III.

tivar más el corazón de los niños. Y esto, para niños que tienen un carácter fuerte, será inculcarles de pequeños un error que con el tiempo, si no se corrige, separará completamente de la vida religiosa, ya que ven que la Religión, tal como la aprendieron, no sirve para ellos. Es el fenómeno de las juventudes de hoy, que no vieron, cuando se les enseñó el catecismo, que la Religión es fuente de energía y de vida.

Hemos de enseñar el catecismo tal cual es; que usando una frase del Cardenal Newmann es la unidad de las virtudes contrarias: «Concidentia oppositarum».

La enseñanza de la Religión no es, ni debe ser, una simple exposición de la verdad. Esto sería un error. Es el que encontramos en la escuela idealista. Lombardo Radice afirma que «la Religión es un concepto de la vida ideal», «es una enseñanza filosófica en la que el concepto se sustituye por el mito. Es una idea de nuestro ser y del ser de todas las cosas que nos rodean en su unidad suprema» (14). «Este concepto se daría en su forma filosófica rigurosamente reflexiva, si lo permitiese la inteligencia del niño, que es siempre un poco católico y un poco pagano, y que tiene también un poco de fetichista». El niño es el pueblo; «éste, si nadie le enseña la Religión, se la hace por sí mismo y, con esto, recorre los estadios religiosos de la humanidad». «Por eso, el maestro debè hacer vivir al niño la fe de sus padres y del mundo que le rodea, pero no el frío y esquemático catecismo... Le hemos de dar la *poesía cristiana*...» Y termina diciendo este portavoz del idealismo: «Nuestra escuela es una escuela sin catecismo», «porque éste se lo debe ir construyendo en el espíritu el niño, con la ayuda del maestro» (15).

Al criticar este concepto idealista de la Religión, que

(14) Lombardo Radice, *Lezioni di didattica. El concetto della vita*. Ed. Sandrón, 1925, pág. 391.

(15) Lombardo Radice, O. c., págs. 398 y 399.

dice que es tan sólo una filosofía, hemos de procurar no caer en otra falsedad, como sería el creer que la Religión es una cosa independiente de todo concepto de la vida y fuese extraña al hecho intelectual, como muchos piensan, creyendo que es tan sólo vida, sentimiento, voluntad, es decir, todo cosas diversas de la razón. La Religión entonces sería irracional. Concepto éste peligrosísimo. La Religión aparecería una cosa injustificada racionalmente, y aunque fuese una necesidad que no se pudiese satisfacer por vías racionales, de esto se seguiría una gran confusión en el campo religioso, un falso individualismo en el que cada uno sentiría de diverso modo, sin dar más explicaciones.

Hay que evitar los dos errores: racionalismo (Kant) e irracionalismo. La verdad será que la Religión, como dice su nombre, es un vínculo que liga todas nuestras actividades, no sólo la razón o la voluntad, sino todas ellas juntamente, con su relativa importancia. La Religión abraza a todo el hombre y la base de esto descansa en la Revelación hecha por Dios.

En esta Revelación hay elementos sobrenaturales en cuanto a la forma y al contenido intrínseco. Y hay otros elementos sobrenaturales sólo en cuanto a la forma de la Revelación y no en cuanto al contenido, al que se puede llegar con las fuerzas de la razón.

Importa tener un justo concepto de la Revelación, para tener luego un justo concepto de la enseñanza religiosa.

La Revelación es ciertamente un elemento de por sí superior a todas las facultades humanas, aun las más nobles. Pero hay que entender esta superioridad, porque de no entenderla se derivan varias objeciones injustificadas contra la enseñanza religiosa, por ejemplo: se puede entender esta superioridad como una cosa extraña absolutamente, y en este caso, ni el hombre podría conocer el contenido de la Revelación y ni aun conociéndolo tendría para

él interés alguno. Sería esta Revelación para el hombre como una lengua extranjera, que no entiende: escucha los sonidos, lee los signos, pero nada le dice a su conciencia ni su audición, ni su lectura. Tan sólo lo percibimos materialmente.

En otro sentido se puede entender esta superioridad, que también sería un error: como cosa contraria a la razón humana. Y entonces la Revelación sería un elemento extraño y venenoso para la inteligencia. Y como no puede haber dos verdades contrarias, una superior y otra inferior a la razón humana, tendríamos, pues, que o la razón o la Revelación debían ser falsas. Es decir, entramos de lleno en el camino que conduce al escepticismo.

Al contrario, es evidente que cuando se habla de superioridad de la Revelación se entiende cosa distinta a lo antes dicho. Es una superioridad que es ampliación, por decirlo así, de las posibilidades humanas. Sabemos que aun los elementos más sobrenaturales de la Revelación, como son los misterios, contienen siempre elementos inteligibles para nosotros, y aun en éstos hay que entender que idealmente y de modo abstracto no tenemos dificultad en admitirlos; ésta nace de que no podemos concebirlos concretamente, no porque haya contradicción, sino porque nos falta la experiencia, la visión concreta del hecho revelado.

En toda Revelación tenemos conceptos inteligibles. Estos nos dejan ver una realidad superior a nosotros. Y en esto encontramos lo que San Pablo llama «rationabile obsequium». La Revelación nos habla no por imposición, ni por contradicción material de lo externo, sino dándonos conceptos que respondan admirablemente a nuestras necesidades intelectuales y morales, más aún, que llenan y superan las necesidades dichas.

Y uno de los argumentos que demuestran la verdad de la Revelación es que ésta, ya sea en los elementos na-

turales que abraza, ya en los sobrenaturales, responde siempre a las exigencias todas, aun las más discutidas, de la naturaleza humana. Ningún sistema filosófico o moral descubierto por la sola razón ha podido satisfacer a la humanidad sino por breve tiempo y en especiales circunstancias. Sólo la Religión Cristiana ha demostrado una capacidad universal de adaptación a todas las necesidades del hombre en todo tiempo y condiciones. Sólo la Religión Cristiana ha demostrado que puede mejorar las necesidades del hombre, perfeccionándole.

Podemos decir que la Revelación donde se nos presenta misteriosa es porque contiene una verdad más alta que la que nosotros podemos alcanzar en las presentes condiciones. Esta verdad superior contiene eminentemente todas las otras inferiores. Por esto responde admirablemente a todas las necesidades del espíritu humano. Por esto, aun en el orden moral e intelectual, la Religión es fuente de progreso, pues que colocando delante del hombre un ideal superior le esfuerza a elevarse y buscar más y mejor. Y por esto toda educación que se limita tan sólo a presentarnos fines naturales, aun siendo nobles, es una educación regresiva y restrictiva. Siempre nos repetirá lo mismo. A lo sumo nos producirá el efecto de que cambia en algún sentido particular. Sólo la Religión da al hombre el modo de progresar, de crecer sobre sí mismo.

El Cristianismo es un fermento de vida, una levadura de regeneración, de un gradual perfeccionamiento de nuestro ser. «El orden sobrenatural inaugurado por Jesucristo es elevación; es decir, no la destrucción, no la desorganización, sino el mejoramiento, el perfeccionamiento del orden de la naturaleza» (16). El cristiano conscienté, pues, de su deber será el hombre de progreso. Es un hombre

(16; Mercier, Ob. c., c. IV-102, pág. 256.

siempre joven. El sepulcro no es para él un término, sino un nuevo punto de partida» (17).

Sin olvidar que para entender la Revelación Dios ha dado al hombre un órgano especial: la gracia: elevación de la inteligencia y de la voluntad; único medio de penetrar el contenido de la Revelación y del que más adelante tendremos ocasión de decir algo.

Por todo esto la enseñanza religiosa debe comprender todos los actos del individuo y llevar a todos esa elevación que el Cristianismo les ha dado. Todos los actos de nuestra vida merecen atención, como dice San Pablo a los Filipenses: «Todo lo que es verdadero, todo lo que es puro, todo lo que es casto, todo lo que es digno de amor, todo lo que es justo, todo lo que tiene buen nombre, la virtud y la disciplina, todo esto merece vuestra atención.» Todo, la fortaleza y la bondad de la vida, el dolor y el gozo, el vivir en el mundo y el vivir como si estuviésemos fuera de él. No tan sólo una de estas cosas, sino todas ellas a la vez.

Y primero, fortaleza y amor. Que los niños vean siempre estos dos caracteres y puedan elegir. Habrá quien se enamorará de los santos que supieron luchar valerosamente en los ministerios públicos y otros a quienes les gustará la soledad y la paz del claustro. Si la Religión es vida debemos dar los aspectos que la vida presenta y a los cuales se adapta la naturaleza humana.

Gozo y dolor. ¿Por qué debemos ocultar a los niños los aspectos dolorosos de la vida, haciéndoles creer en la ilusión de que todo es gozo? No quitemos de las páginas del Cristianismo la Cruz. Al contrario, digamos cómo en el abrazarla está la verdadera felicidad. No diremos que primero deba explicarse en el catecismo este aspecto; tal vez será mejor encauzar a los niños con los goces del cielo que tiene el alma si está en gracia en Dios; pero olvidar uno de

(17) Mercier, O. c. *Suis-je chretien?*, IV, págs. 182 y 188.

estos aspectos es mostrar la verdad a medias, lo cual es un error.

Evitar el mundo y obrar en él. Empezar ya en la Catequesis, en la misma enseñanza religiosa la acción católica. Si el educador no sabe tener en cuenta la realidad de la vida y no sabe preparar a los pequeños para vivirla, la educación religiosa será lo que por desgracia estamos viendo en tantas escuelas y catecismos: una multitud que ha divorciado por completo la Religión de la Vida. Ha hecho de éstas dos cosas opuestas, que se repelen, cuando no es más que una elevada a una dignidad superior por la otra. La Religión que diviniza la vida del hombre. Nos servirá mucho para esto el presentar continuamente en la Catequesis los casos arrancados de la vida cotidiana y darles una solución cristiana, para enseñar al niño ya desde pequeño a saber buscar y encontrar en el catecismo la fuerza y el gozo para luchar, y al mismo tiempo cubriremos ese abismo abierto entre Religión y Vida. «Nunca como en la hora presente es grande la necesidad de guiar a los alumnos a interpretar la vida y a ejercitarse en el tirocinio de la acción bajo la luz de aquellas verdades cristianas» (18).

Y sobre todo en la época, no ya de la niñez, sino de la juventud. «La Religión es el más eficaz de todos los impulsos para la conducta moral del hombre, especialmente cuando ésta se encuentra obstaculizada por los gritos de las pasiones» (19). En esta edad de crisis, si no fueron antes bien valorizados los principios religiosos; si se cometió el error, que indicábamos hace poco, difícilmente el joven, si cae, sabrá y podrá volver al redil del Buen Pastor. Por eso se debe dar una educación íntegra de las verdades reveladas, controladas por multitud de ejemplos y casos

(18) Ruiz Amado en *Il problema della educazione religiosa*, página 6

(19) Modungo, O. c., pág. 33.

prácticos, durante el período de educación catequística, único modo de que se escuche la voz potente de la fe y que ésta domine el tumulto de las pasiones, porque tan sólo la voz de Dios calma las tempestades de los mares de la pasión.

Por esto, sin duda alguna, que el trabajo del catequista o del maestro de Religión es uno de los más graves y difíciles. Creer que es cosa de poco es un concepto equivocado, nacido de la ligereza. Así lo dice Pío X: «Sabemos que el oficio de catequista no es estimado como un gran hecho, y además es poco apto a ganarse aplausos. Pero esto, según Nos, es un juicio nacido de la ligereza y no de la verdad.»

Las dificultades son bien patentes, ya se mire a la materia de la enseñanza: misterios, sobrenatural; o ya se mire al sujeto: niños física y espiritualmente pequeños; o también a la alta meta que hemos señalado: madurez de pensamiento, de fe, de acción cristiana. La educación de los niños es un arte, como lo llamaron San Juan Crisóstomo, San Gregorio Nacianceno, etc., especial e ingrato. Es la carga más grave que se pueda imponer a un maestro, a no ser que éste la reduzca a un trabajo mnemónico, de lecciones mal explicadas.

Pero si tiene un aspecto de trabajo y de fatiga, tiene también sus atractivos y ventajas la enseñanza del catecismo. No puede haber sombras si no hay rayos de luz. Estos atractivos derivan especialmente de la importancia fundamental del catecismo y de la misma edad del educando.

La instrucción catequística de la juventud tiene un valor sumo porque, como hemos dicho, es la encargada de formar los hombres del mañana. Y si es verdad que tiene sus dificultades, también nos ofrece el sujeto, al niño, en condiciones ventajosas, ya que en la edad infantil la impresionabilidad es mayor.

El alma del niño está todavía con pocas imágenes, y como decía Quintiliano: «natura tenacissimi sumus eorum, quae rudibus animus percepimus» («Inst. orat.», I, 1-5). Es decir, en esa edad se adhieren a nuestra mente con más tenacidad las imágenes, que se le presentan y constituyen al mismo tiempo el patrimonio primitivo que ha de ofrecernos su capital durante toda nuestra vida. Y como también en edad son menos las pasiones, que sólo se despertarán más tarde con la sensibilidad; por eso las primeras imágenes son recibidas con alegría y quedan grabadas con vivísimos colores en la memoria virgen del niño.

De aquí la importancia del catecismo, pues si en esa edad se enseñan bien, con claridad pedagógica y psicológica, las verdades reveladas, la Historia sagrada, y se saben enlazar con la vida del niño y con todas sus necesidades, sin nada superfluo o de cuentos más o menos piadosos, que suelen ser contraproducentes, dejaremos marcado con surco profundo, que jamás será borrado, y aunque después vengan los años de las pasiones, del ambiente antirreligioso de los talleres, etc., tal vez por algún tiempo parecerán haber muerto aquellas enseñanzas, pero siempre quedarán sedimentos y la simiente, que con el tiempo volverán a reproducirse y hacer valer su primacía cronológica. Es el caso de tantos hombres que en el lecho de su muerte se convierten y que se debe la mayor parte de las veces a aquellas verdades latentes aprendidas en el catecismo. De tantos otros a quienes la desgracia, el infortunio, les expulsa la capa ilusoria de las imágenes últimamente aprendidas y deja al descubierto aquellas que se imprimieron con toda pureza en el período de la infancia. «La palabra del obispo de Tagaste a la madre de San Agustín: «es imposible que un hijo de la oración y de las lágrimas perezca», podremos aplicarlas en este sentido: no es fácilmente posible que el hijo de una buena instruc-

ción religiosa no vuelva al buen sēndero, cambiadas las condiciones exteriores» (20).

Bien clara queda la importancia del método, no de una mera exposición negativa, sino que nos ha de enseñar a presentar las imágenes acomodadas a la mentalidad infantil. Como dice el P. Ruiz Amado: «La misión de la educación religiosa intelectual no se limita a separar las nociones verdaderas de las falsas y a explicar que las imágenes son simples ayudas de la inteligencia y de afecto religioso...; sino que comprende, además, una parte positiva: es decir, en qué modo el educador podrá valerse de las imágenes y de los objetos sensibles para explicar e imprimir en el alma del alumno las verdades religiosas: lo cual no pertenece al dogma ni a la teología, sino a la Pedagogía didáctica, fundada en las enseñanzas de la Psicología.»

Y no debemos olvidar tampoco que los niños así instruidos son los mejores apóstoles de sus familias, como cuenta muy graciosamente y en repetidas ocasiones el señor obispo de Málaga. Los niños bien instruidos en Religión ejercen un apostolado y un sacerdocio y por su medio fácilmente puede llegar el sacerdote a casas en las que jamás hubiese entrado, porque sus moradores nunca tuvieron aquellas primeras nociones de catecismo con la claridad que debieron haberlas recibido. Ya tendremos ocasión más adelante, al hablar de la escuela activa, de cómo los niños pueden ser los apóstoles del catecismo.

Mas no sólo es esto. Se debe enseñar bien el catecismo con todas las reglas que nos ofrece la Pedagogía y la Psicología, por otra razón, no de poca importancia. Muchos de los niños pasarán luego a lugares, ocupaciones, etc., en

(20) Krieg, *Katechet.* Breslau, pág. 25.

Los pensamientos del Cardenal Mercier pueden verse en la obra de Zaragüeta, *El concepto católico de la vida, según el Cardenal Mercier*, de la Ed. Fax.

los que no oirán hablar de Religión, y entonces deberán vivir tan sólo de aquellas primeras nociones religiosas que recibieron. ¡Ay, si éstas fueran sembradas de cualquier modo!

Tomemos con gusto la enseñanza religiosa, que nos ayudará además a conservar joven nuestro espíritu estando siempre en contacto con aquellos corazones, que sin duda alguna, y aun sin saberlo nosotros, quedarán presos de nuestras palabras y seremos para ellos el guía del cielo en su paso por la tierra.

Una objeción parece que nos venga ahora. Si las primeras impresiones e imágenes se graban tan profundamente en el alma infantil, ¿cómo estamos viendo el espectáculo de esas gentes irreligiosas? Aparte de las respuestas que ya hemos apuntado anteriormente, será bien notar aquí que el catequista ha de luchar con fuerzas y obstáculos enemigos. No sólo tiene cooperadores en su trabajo, sino contradictores fuertes, obstáculos inevitables o cuya acción es difícil disminuir.

Entre los cooperadores tenemos a la gracia. Es el principal. No crea nunca el catequista que basta su palabra, su obra, sus métodos para educar religiosamente. Sería esto una concepción pelagiana, que está un poco difundida, aunque inconscientemente, en el lenguaje moderno, cuando se dice que aquel maestro catequista ha cambiado o ha destruído con su acción la moral de los que le rodean. El catequista debe estar bien persuadido que Dios quiere su obra, su instrucción sus métodos para bendecirlos, pero que sólo el incremento quien lo da es Dios.

Sería también una ilusión creer que vamos a cambiar las condiciones naturales del niño con nuestro método, aun aquellas de la vida interior. Lo que sí podremos hacer es que los agentes exteriores del mal sean inocuos, y esto lo podremos y sabremos hacer si conocemos las fuerzas de estos enemigos.

Muchas veces será la voluntad del niño la que se opone a la acción del catequista, y entonces hay que tener en cuenta las disposiciones naturales: la individualidad. Pero estos enemigos serán verdaderamente nefastos cuando vienen favorecidos por el ambiente de la educación, por el espíritu del tiempo y, sobre todo, por las lecturas nocivas. Si no fuese por todas estas cosas otro sería el fruto del catecismo.

Otras veces se opone el factor incomprensión de parte del catequista. No conoce el mundo infantil y le falta esa observación del niño desde el punto de vista psicológico-experimental.

Y finalmente, entre los obstáculos tenemos también la materia, difícil de convertirla en propiedad de los niños si no la presentamos apta al gusto y paladar infantil. Pero de todo esto sólo deducimos una conclusión, y es que «la obra del catequista es la base del reino de Dios en el niño, y por eso esta obra debe ser metódica, concienzuda y enérgica» (Krieg).

Debe ser metódica, y a la busca del mejor método vamos a dedicar el siguiente artículo.

Tal vez se nos diga que esto es introducir innovaciones concediendo una importancia que no tiene a la instrucción, con descuido de la educación religiosa, que es obra sólo de Dios. Y muchos aun consideran que la introducción de métodos exactos son producto de teorías protestantes y materialistas y cosa inadmisible en la enseñanza católica. Prescindiendo de estas objeciones, que son evidentemente absurdas, ya desde el principio de esta serie de artículos hemos repetido muchas veces que el método ha de servir para hacer vivir la vida de Cristo al niño. Y contestando a las dificultades anteriores, decimos que no se trata de buscar un método y aplicarlo sin más consideraciones, sino de valernos de él para despertar las actividades del niño y hacer que éstas se encuadren en

el campo católico. Ya sé que en la Iglesia Católica las novedades doctrinales son siempre peligrosas o falsas, porque tienen un sistema de verdades completo y cerrado, que son invariables, que no pueden tocarse porque son el «depósito sagrado» de nuestra fe. Y cierto, no queremos en modo alguno, y ya desde ahora lo afirmamos, cambiar las fórmulas, ni entrar en campos vedados. Lo que sí podemos decir es que la Iglesia, antes que todos los pedagogos modernos proclamasen las excelencias del método intuitivo y de los medios de intuición, lo usaba ya desde los primeros días de su nacimiento. Dios siempre habló a los hombres de modo que pudieran entenderlo, y la Iglesia sigue las mismas trazas que el Señor marcó para enseñar a su pueblo escogido.

Habrà algunas novedades propias de nuestro siglo, pero el fondo, la sustancia, es de todos los tiempos, como tendremos ocasión de exponer.

La simiente que arroja el catequista fructificará por la gracia, pero para ello hace falta antes la preparación del terreno, pues no toda la simiente de la parábola evangélica dió su fruto, sino sólo la que cayó en buena tierra. Y esta preparación del terreno la hará el método psicológico pedagógico.

Estudiémoslo. Los niños piden pan y no hay quien lo reparta. ¡Tan hermoso como es formar almas jóvenes y, por desgracia, hay pocos que repartan bien el pan de la divina palabra! Quisiéramos contribuir desde estas líneas a despertar el amor al estudio de estas cuestiones pedagógicas; al estudio de cómo debemos dar el «pan» a los pequeñuelos; porque no consiste tanto en el dar, o dar mucho, sino en el saberlo dar, en darlo bien. Cierto que Dios se vale como quiere para darse a los hombres, pero también se vale de las causas segundas y se adapta a nuestra naturaleza, pues aun su misma gracia no destruye, sino que eleva la humana condición.

V. E. CALATAYUD